

En memoria de Francisco Morales Valerio, o. f. m.



FUENTE: María Teresa Álvarez Icaza Longoria. Composición: Rebeca Bautista

En diciembre de 2024 falleció fray Francisco Morales Valerio. La noticia me llegó por distintas vías porque mi cariño hacia él era conocido. Desde entonces pensé en hacer este texto para compartir con los lectores de nuestra revista algunas reflexiones personales sobre la vida de un hombre que fue un fraile franciscano sumamente comprometido y un historiador muy relevante. Él mismo enlistaba en ese orden las dos pasiones de su vida: la orden franciscana y el estudio de la historia.

Afortunadamente, para hacer el recuento de su trayectoria en ambas direcciones, que en muchos tramos confluyeron, conté con la ayuda del propio Francisco. En el libro *The Franciscans in Colonial Mexico*, que fue publicado en 2021 como resultado de un homenaje organizado con motivo de su cumpleaños 80, fue incluido un texto suyo titulado “My Encounter with the Franciscans and with History” del cual proviene buena parte de la información que aquí presento. Pude complementarla gracias a una



convivencia a lo largo de los años en los que sostuve frecuentes conversaciones con él.

Francisco nació el 26 de septiembre de 1937. Su familia era originaria de Pozos, Guanajuato, pero se había trasladado a la ciudad de México. Él narra que su primer encuentro con la orden de San Francisco ocurrió a los 11 años por la cercanía de algunos parientes suyos con los terciarios franciscanos. A esa temprana edad tomó la decisión de ir a formarse al Colegio Seráfico de Cholula. En ese lugar pronto tuvo contacto con la historia porque durante las comidas se hacía la lectura de las obras de Motolinía, Mendieta y Torquemada. Estuvo allí cinco años en los que dedicó sus mayores empeños al estudio del latín, mientras se daba tiempo para practicar fútbol.

Luego se trasladó a Calpan, donde realizó estudios de filosofía. En este Seminario conoció a fray Fidel de Jesús Chauvet, quien tendría un importante papel en la renovación del estudio del franciscanismo. Alentado por él, publicó su primer artículo a los 18 años en *Anales de la Provincia del Santo Evangelio*. Regresó brevemente a Cholula como maestro de los jóvenes frailes. Luego se fue a vivir por vez primera al extranjero. Ingresó al Roger Bacon College, en El Paso, Texas, donde hacían su formación final los franciscanos procedentes de México. Se ordenó como sacerdote en 1964.

En 1965 dio inicio su preparación académica como historiador. Gracias a una beca de la Academy of American Franciscan History (en adelante, AAFH), ingresó a la Universidad Católica, en Washington D.C. Según su propia valoración, allí pudo adquirir las habilidades para la realización rigurosa del trabajo de investigación histórica, bajo la dirección de profesores como Antonine Tibesar y Javier Malagón Barceló. Obtuvo el grado de doctor en Filosofía, con especialidad en Historia en 1971. Su tesis de maestría fue editada posteriormente en la colección SEP Setentas con el título *Clero y política en México, 1767-1834*. A partir de la publicación en 1973 de su tesis de doctorado, *Ethnic and Social Background of the Franciscan Friars in Seventeenth Century Mexico*, entró en diálogo con reconocidos historiadores del periodo colonial como Charles Gibson y Richard Greenleaf.

Entre 1965 y 1985 vivió en la sede de la propia AAFH, ubicada en una hermosa propiedad rural en Potomac, Maryland. Allí se vería influido por la convivencia cotidiana con importantes estudiosos del franciscanismo como Lino Gómez Canedo. La Academia publicaba la influyente revista *The Americas*, a la cual se mantuvo siempre ligado. En esos años se desarrolló una de sus pasiones: el trabajo de archivo que realizó en acervos de varios países de Europa. Con esta experiencia pudo hacer una aportación de gran

alcance: encabezó el proyecto para realizar el Inventario del Fondo Franciscano de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. El primer tomo fue editado en 1978 y su consulta sigue siendo obligada. En 1983 se dio a conocer su libro *Franciscan Presence in the Americas*. Por entonces entró en contacto con Miguel León-Portilla con quien estableció una estrecha y duradera amistad. Un dato interesante es que durante esos años desarrolló labor pastoral en la capilla de la virgen de Guadalupe de la AAFH. Allí se reunía con frailes procedentes de América Latina, así como con funcionarios y otros miembros de la comunidad latina residente en esa zona de Estados Unidos.

Francisco se consideraba un fraile atípico entre los de su generación porque en su provincia había escaso interés por la historia. Él enfrentaba una disyuntiva: podía seguir vinculado al mundo de la AAFH, en el que se sentía a sus anchas, o regresar a México, tras una ausencia que ya le parecía muy prolongada. Optó por esto último, pero reconocía que no fue una decisión fácil. Se instaló en Coyoacán, donde combinó la vida pastoral con la docencia. Al reincorporarse a su provincia se dio a la tarea de recabar libros antiguos y documentos históricos dispersos en diferentes conventos donde estaban apilados en cajas sin mayor orden. Me contó que, en compañía de otro fraile, iban en un vehículo de pueblo en pueblo para recoger estos valiosos materiales.

En 1989 fue a ocupar una posición como profesor en la Pontificia Universidad Antonianum de Roma y también se dedicó a revisar los principios de la formación de los novicios. Entre 1992 y 1995 estuvo en el Collegio San Bonaventura en Grottaferrata, Italia. Él recordaba este periodo como uno de los más ricos de su vida. En este tiempo participó en varios encuentros que abordaron el tema de los franciscanos en el Nuevo Mundo, como parte de los preparativos para los 500 años de la llegada de los españoles a América; de ello derivó la publicación de varios libros. Un importante resultado de la labor de esta etapa fue la publicación en 1993 del libro *Franciscanos en América* que él coordinó. La obra fue una importante puesta al día de la investigación relativa a labor de los franciscanos en el continente americano desde su llegada hasta el siglo xx.

Una de las reflexiones de Francisco en este marco fue que la experiencia de la evangelización franciscana era una empresa imperfecta. Subrayaba lo problemático que había sido para los frailes su encuentro con el mundo religioso indígena, pues se habían empeñado en destruir lo que consideraban era un signo de idolatría, pero también habían mostrado gran interés hacia las antiguas culturas y habían contribuido a su preservación.

Era un hombre muy sensato que reconocía lo complicado de abordar esos temas e invitaba a no tomar posiciones tajantes o absolutas.

En este libro incluyó una idea muy interesante acerca de la historiografía dedicada a los franciscanos: señaló que la cantidad de estudios sobre la orden iba en sentido inverso al paso del tiempo. Había muchos textos relativos al periodo colonial; eran particularmente abundantes los referentes al siglo XVI, pero iban en disminución conforme se avanzaba a los siglos XVII y XVIII. En cambio, eran casi nulas las obras que se ocupaban del XIX y el XX. Es justo reconocer que él hizo aportes a la historia de su orden en Nueva España con una mirada de largo aliento, se nota su apasionamiento por los procesos fundacionales y por sus personajes, pero sin duda hizo contribuciones significativas para entender el devenir del franciscanismo en todas las épocas y lo hacía con una perspectiva autocrítica.

En 1996, al sentir *el aire otoñal* en su vida, nuevamente volvió a México para dedicarse a la vida pastoral y académica. De 2002 a 2005 fue rector del Instituto Franciscano de Filosofía y Teología en la ciudad de México. A continuación, tras su largo periplo, se instaló definitivamente en Cholula. Francisco estaba consciente de que era difícil consultar los libros y documentos que había contribuido a reunir años atrás. Simultáneamente se había llevado a cabo la restauración del Portal de Peregrinos en el convento de San Gabriel de Cholula. Él propuso trasladar los acervos a este edificio, con ello se creó la Biblioteca Franciscana y posteriormente el Archivo Histórico de la Provincia del Santo Evangelio de México para ponerlos al servicio de la comunidad académica nacional e internacional. Para resolver la gestión administrativa fue establecido un convenio de colaboración entre la provincia franciscana y la Universidad de las Américas Puebla.

En 2008 fue nombrado ministro provincial de la orden. Para él fue algo inesperado; se esforzó por cumplir con las abundantes obligaciones de su cargo, procurando hacer algún espacio para las actividades académicas. En 2014 pudo regresar a la Biblioteca Franciscana, que definía como uno de sus más queridos proyectos. También fungía como director del Centro de Estudios Franciscanos en Humanidades Fray Bernardino de Sahagún. El nombre que eligió no es casual, admiraba a este fraile seráfico, impulsor de ambiciosos proyectos educativos, autor de obras de gran trascendencia, conocedor de la cultura y la lengua nahuas, y él procuró seguir sus pasos.

Francisco fue un académico prolífico y activo: publicó más de 50 artículos sobre los franciscanos. Tan sólo en la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, fundada y dirigida por su entrañable amigo Miguel León-Portilla,

aparecieron tres artículos, tres reseñas y dos obituarios de su autoría. Más recientemente contribuyó, con el volumen *Fray Pedro de Gante. Espiritualidad y sabiduría en tiempos de misión*, en la colección 1521, Un atado de vidas, publicada en el marco del programa de conmemoraciones de la UNAM México 500. Fue profesor invitado en varias universidades de México y del extranjero. Perteneció a los consejos editoriales de diversas revistas. Fue miembro corresponsal de la Academia Mexicana de la Historia.

La obra de Francisco marcó una profunda huella en mi vida profesional. Él fue pionero en el estudio de un tema del que me he ocupado desde hace ya bastante tiempo. En 1993 publicó el capítulo “Secularización de doctrinas. ¿Fin de un modelo evangelizador en la Nueva España?”. En ese texto hizo una explicación clave para mí sobre lo que eran las doctrinas. Señaló que en un principio el término se refería más bien a una actividad pastoral que a un lugar específico. Posteriormente se aplicaría no sólo a la labor evangelizadora sino también al convento. Opinaba que los franciscanos habían logrado mantener sus doctrinas durante el siglo xvii, reacomodando sus ideales originales a las nuevas realidades de la sociedad indígena. Sin embargo, al avanzar el siglo xviii —reconocía— los frailes parecían haber perdido la iniciativa. El mundo de la Ilustración y sobre todo el regalismo, que los mismos frailes habían defendido, les resultaba ahora bastante hostil.

Durante 1998 fue publicado en la revista *The Americas* su artículo “Mexican Society and the Franciscan Order in a Period of Transition, 1749-1859”. Él sostenía que a partir de 1749, cuando se ordenó a los frailes dejar sus conventos en los pueblos de indios, desapareció el único rasgo que los unía con la labor de sus fundadores. A partir de entonces, el propósito de su presencia había cambiado drásticamente y las provincias seráficas recibirían un golpe del que nunca se recobrarían. Iniciaría un declive que explicaba aludiendo a varios factores: los problemas internos de la orden, la actitud crítica hacia las órdenes religiosas en la España ilustrada y el cambio de valores en la sociedad novohispana. Decía que era necesario tener todo esto en mente para entender la fuerte crisis de los franciscanos en el siglo xix. En su opinión, las leyes emitidas por Juárez en 1859 no fueron sino el último paso en un largo proceso que había iniciado en el periodo colonial.

En 2010, Francisco hizo una nueva contribución al tema con el texto “La Iglesia de los frailes”, publicado en el libro *La secularización de doctrinas de indios en la Nueva España. La pugna entre dos iglesias*. Allí señaló que los frailes del siglo xvi estaban convencidos de que habían llegado a América para fundar una nueva cristiandad, en la cual el convento sería la base de

la organización religiosa, política y social. Planteaba que las doctrinas habían surgido en la Nueva España y, justamente por haberse establecido en los conventos, inicialmente no estuvieron sometidas a los obispos, si bien esta situación se modificaría con el paso del tiempo. Explicó que los religiosos recibían servicios y productos de los indios, pero pronto surgieron conflictos por su control con los oficiales reales. Concluía que desde el propio siglo xvi la primera Iglesia creada por los frailes comenzaba a desaparecer.

Le debo a Francisco varias experiencias muy enriquecedoras. Recién egresada de la licenciatura en Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México hice el servicio social en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, en un proyecto que buscaba dar continuidad a la publicación del inventario de esos importantes fondos documentales, cuya clasificación él impulsó. Ése fue mi primer acercamiento a la compleja dinámica de la orden franciscana. Muchos años más tarde me ayudó a conseguir un trabajo en tiempos difíciles para mí. En 2016 fui, por una generosa invitación suya, a un evento en torno a la labor misional franciscana, realizado en Washington. Allí tuve la oportunidad singular de observar a los franciscanos del siglo xxi en acción. Pude escuchar sus inquietudes respecto a este tema, con perspectiva histórica y también las referentes al presente. Asimismo, me tocó ver a uno de ellos usando *crocs*, una versión moderna de sus sandalias originales. No puedo evitar sonreír cuando recuerdo la visita que hicimos juntos a la National Gallery y nuestras risas cuando nos sorprendió la lluvia. Regresamos corriendo a la tienda del museo a comprar un sencillo impermeable que aún conservo. Rememoro mis visitas a la Biblioteca y el Archivo de Cholula, nuestros cafés a media mañana en la plaza del pueblo, donde todos lo saludaban. Agradezco la amabilidad y la apertura con las que siempre me trató. Eso me hizo posible, por ejemplo, entrar a su convento para comer con él, los demás frailes y el personal de la Biblioteca, compartiendo también una buena charla.

Te dirijo hoy, querido Francisco, las palabras de tus hermanos franciscanos. Paz y bien, hasta donde estés. Nos harás mucha falta.

MARÍA TERESA ÁLVAREZ ICAZA LONGORIA
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas